



# Cuentos hiperbólicos

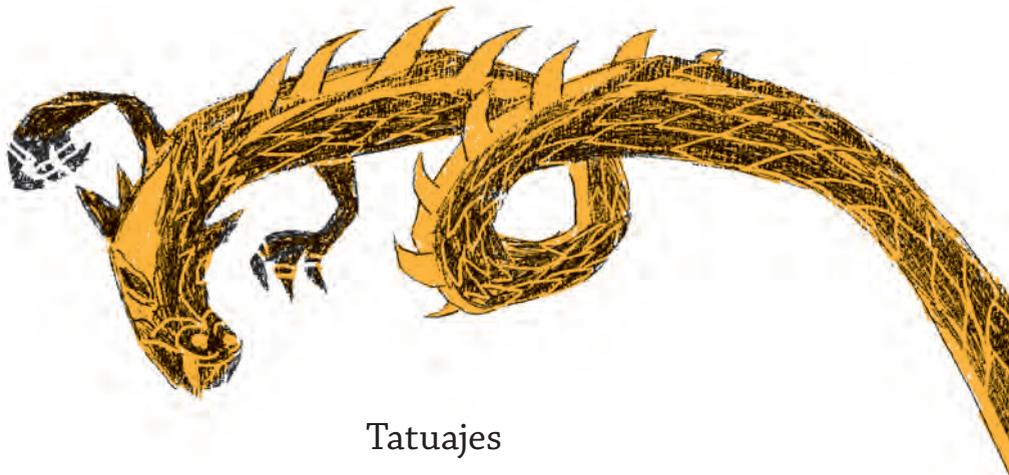
*Alberto Forcada*  
*Ilustraciones de*  
*Enrique Torralba*

loqueleo®



*Dedico este libro a mis  
hijos Fiona y Ollin.*





## Tatuajes

Horas antes de que el barco zarpara de Hong Kong, el pintor Waketze Kotto tatuó en el hombro izquierdo del capitán Parishí un dragón, mezcla de iguana, tigre, cascada y colibrí.

Esa noche, mar adentro, el capitán despertó con comezón. Al quitarse la venda descubrió su hombro vacío. Sintió que algo le recorría la espalda. Estremecido, corrió fuera de la cabina y pidió a sus hombres que lo revisaran.

—¡Ahí! ¡Ahí! —exclamaron los marineros.

Uno de ellos logró clavarle las uñas al dragón antes de que se escondiera entre el vello de la axila. La criatura se agitó, abrió el hocico y, como si la piel fuera arena, se enterró en el cuerpo del capitán, sin dejar más huellas que los rasguños del marino.

Pálido, Parishí ordenó el regreso a Hong Kong y permaneció rodeado por sus hombres hasta que llegó a la casa del pintor.

Luego de observar el hombro y escuchar el exaltado relato de lo sucedido, Waketze se mantuvo en silencio y miró profundamente al capitán.



—Tengo una idea —dijo al fin.

10 Dibujó en papel de arroz a una hermosísima doncella que tocaba el arpa; humedeció los bordes de la hoja con saliva y la adhirió en el brazo al capitán.

—Esperemos —dijo señalando el sofá.

Hacía calor. Parishí casi no había dormido. Trató de mantenerse presente, en la superficie de sí mismo, atento a las sensaciones de su piel, pero sus recuerdos y el cansancio lo arrastraron a un sueño. Tocaba la banda de guerra. Uno de los trompetistas flotaba. Parishí bailaba con una señorita que se escondía detrás de un biombo que de pronto se rasgó. Waketze le había arrancado el dibujo. No estaba la doncella; su arpa destrozada yacía en una esquina del papel.

—Es rápido —murmuró Waketze—. Intentaremos algo distinto.

Sin más, abrió el estuche de agujas y tatuó en el hombro del capitán un formidable guerrero de ceja espesa y fulgurante espada. Apenas terminado, el héroe giró la cabeza como si escuchara un llamado y se adentró en la piel. El dragón lo estaba esperando.

Parishi sintió una punzada en la espalda. Las alas del dragón fueron visibles en su cuello. Perdió el equilibrio. La espada brilló en su mejilla, y el dragón, como una sombra, saltó de su pecho, aleteó por el cuarto y salió volando por la ventana.

El capitán se levantó tambaleante y se asomó al patio. El cielo estaba vacío.

—Gracias —le dijo a Waketze.

—Agradéceles a ellos —contestó el pintor, señalando hacia el pecho del capitán, donde habían aparecido el guerrero y la doncella.

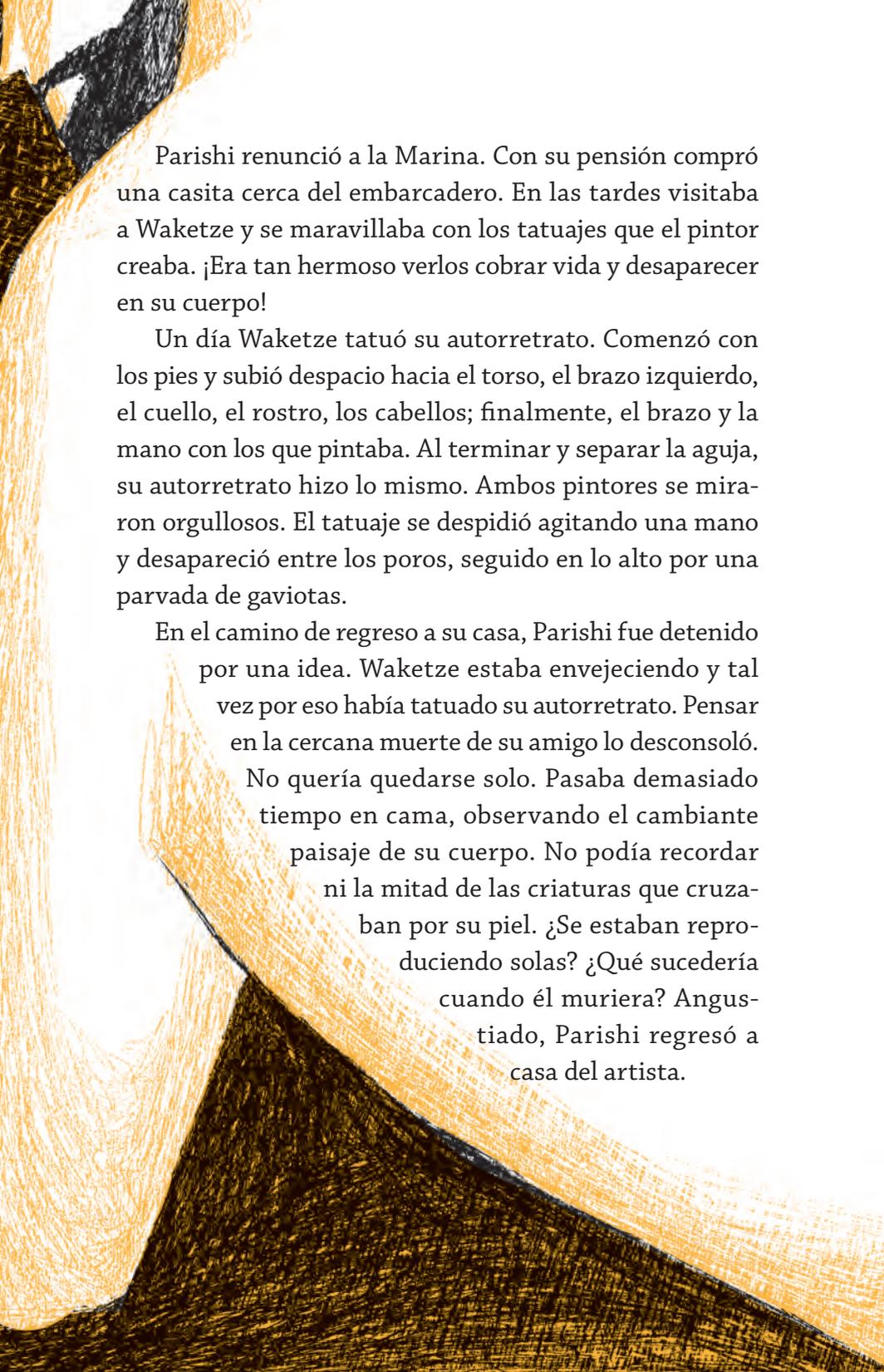
Parishi dudó por un instante. Luego sonrió.

—Me han salvado la vida —dijo al fin—. Estoy en eterna deuda con ustedes. Sería un honor si aceptaran mi cuerpo como reino. Waketze tatuará lo que necesitan. ¿No es cierto?

—Sí. ¡Un reino brotará de mis agujas! Ahora mismo tatuaré para ustedes un río, un castillo, una montaña, caballos, sirvientes, bosques, nubes, faisanes y un arpa, por supuesto.

El guerrero y la doncella se abrazaron. Emocionado, Waketze sentó al capitán y comenzó a trazar.

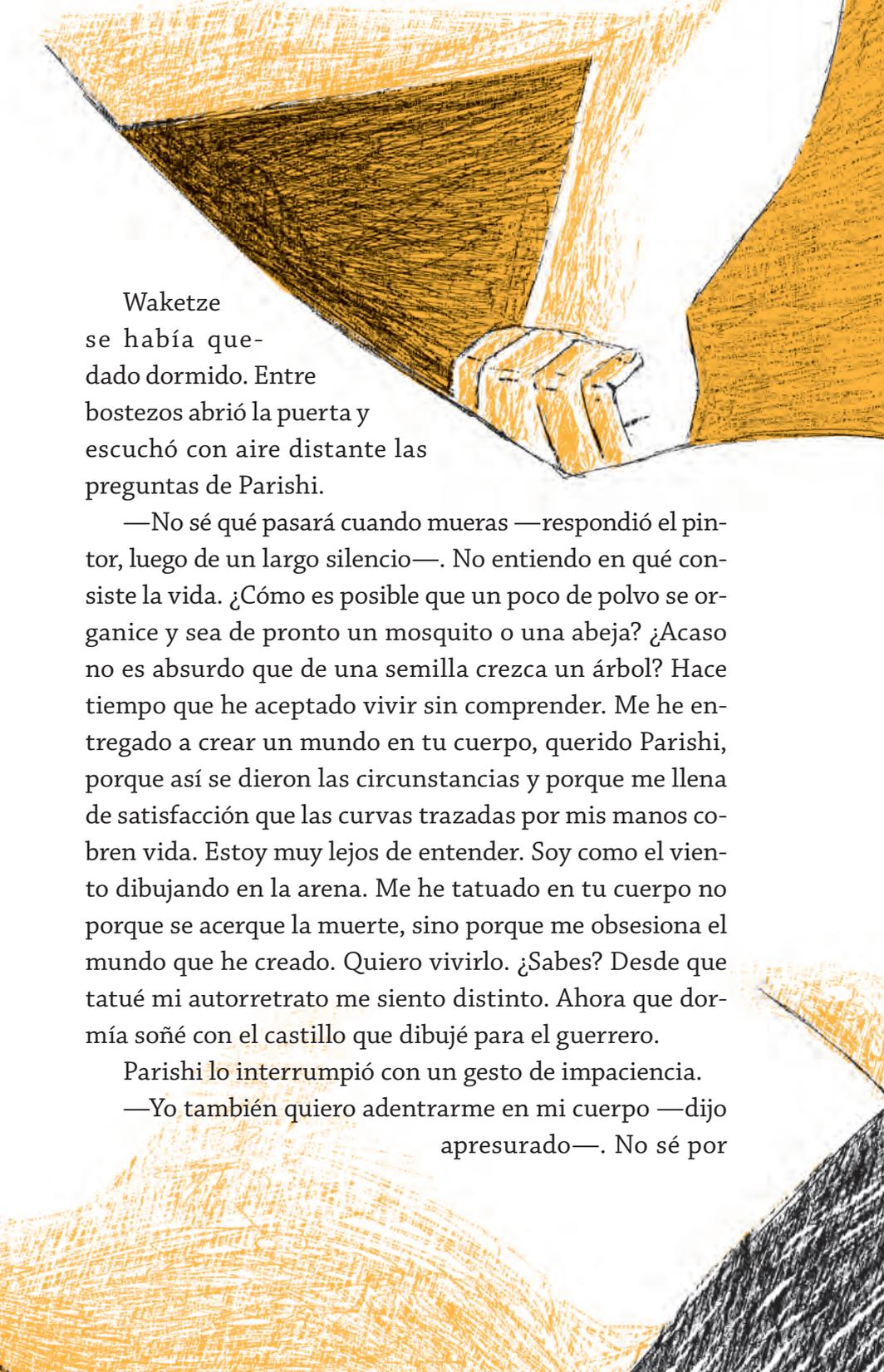




Parishi renunció a la Marina. Con su pensión compró una casita cerca del embarcadero. En las tardes visitaba a Waketze y se maravillaba con los tatuajes que el pintor creaba. ¡Era tan hermoso verlos cobrar vida y desaparecer en su cuerpo!

Un día Waketze tatuó su autorretrato. Comenzó con los pies y subió despacio hacia el torso, el brazo izquierdo, el cuello, el rostro, los cabellos; finalmente, el brazo y la mano con los que pintaba. Al terminar y separar la aguja, su autorretrato hizo lo mismo. Ambos pintores se miraron orgullosos. El tatuaje se despidió agitando una mano y desapareció entre los poros, seguido en lo alto por una parvada de gaviotas.

En el camino de regreso a su casa, Parishi fue detenido por una idea. Waketze estaba envejeciendo y tal vez por eso había tatuado su autorretrato. Pensar en la cercana muerte de su amigo lo desconsoló. No quería quedarse solo. Pasaba demasiado tiempo en cama, observando el cambiante paisaje de su cuerpo. No podía recordar ni la mitad de las criaturas que cruzaban por su piel. ¿Se estaban reproduciendo solas? ¿Qué sucedería cuando él muriera? Angustiado, Parishi regresó a casa del artista.



Waketze se había quedado dormido. Entre bostezos abrió la puerta y escuchó con aire distante las preguntas de Parishí.

—No sé qué pasará cuando mueras —respondió el pintor, luego de un largo silencio—. No entiendo en qué consiste la vida. ¿Cómo es posible que un poco de polvo se organice y sea de pronto un mosquito o una abeja? ¿Acaso no es absurdo que de una semilla crezca un árbol? Hace tiempo que he aceptado vivir sin comprender. Me he entregado a crear un mundo en tu cuerpo, querido Parishí, porque así se dieron las circunstancias y porque me llena de satisfacción que las curvas trazadas por mis manos cobren vida. Estoy muy lejos de entender. Soy como el viento dibujando en la arena. Me he tatuado en tu cuerpo no porque se acerque la muerte, sino porque me obsesiona el mundo que he creado. Quiero vivirlo. ¿Sabes? Desde que tatué mi autorretrato me siento distinto. Ahora que dormía soñé con el castillo que dibujé para el guerrero.

Parishí lo interrumpió con un gesto de impaciencia.

—Yo también quiero adentrarme en mi cuerpo —dijo apresurado—. No sé por

qué no lo había pensado antes. Por favor, Waketze, tatúame en mi cuerpo.

El pintor accedió gustoso, pero no quiso hacerlo enseguida. Dijo que el retrato debía ser perfecto. A la mañana siguiente discutieron los detalles y acordaron que Parishí sería pintado de uniforme, a bordo de su antiguo barco. Waketze trabajó todo el día, dibujando el océano, la proa del barco y la mirada serena del capitán Parishí. Apenas logró terminar, pues el oleaje balanceaba el navío con tal violencia que era imposible seguir pintando.

14 —¡Mira! —exclamó Waketze, sorprendido de ver a una ballena aparecer en el horizonte.

El barco comenzó a moverse.

Parishí corrió al espejo y, por un instante, se miró a sí mismo desaparecer detrás de su tetilla. Cerró los ojos. Comenzó a sentir el vaivén del barco. Olía a tierra húmeda, a flores, a ciruelas. Siempre le había sorprendido que los olores viajaran tan lejos. Esta noche, si tenían suerte, llegarían a Hong Kong. Había decidido que ahora sí visitaría a ese artista que le habían recomendado y se haría un tatuaje en el hombro izquierdo: un dragón, mezcla de iguana, tigre, cascada y colibrí. Contento, regresó a su cabina y se acostó.

